

Gritar el Evangelio con la vida

*Ma. Rosaura González Casas, stj.**

Cuando me pidieron este artículo muchas preguntas se agolparon en mi corazón y en mi cabeza: ¿de qué soy testigo?, ¿qué Palabra he visto cumplirse en mí y en los demás?, ¿cual permanece?, ¿cuál me ha acompañado?, ¿cuál me ha confundido o rebelado? Y pensé que esto podía ser el hilo conductor de este relato y aunque me falta mucho por vivir, quisiera que mi vida pudiera gritar el evangelio.

Me dijeron que también se trataba de hablar de mi experiencia como religiosa, psicóloga y formadora. Por un momento pensé en tomar algunos aspectos principales de cada área y por medio de ejemplos explicarlo, pero no tenía mucho tiempo para ello, y creí que lo mejor era partir de la propia vida. Obvio que en lo que aquí va escrito, habrá muchas cosas sin decir, porque no da el tiempo ni el papel, así que diré lo sustancial.

Por otra parte, escribir sobre la propia vida es algo muy personal y comprometedor, algo que se comparte sólo con las y los amigos. Sentía un cierto pudor y resistencia a hacerlo, de hecho me olvidé de escribir el artículo hasta que me lo volvieron a pedir recordándome la fecha de entrega. Finalmente pensé que se trataba solamente de ser algo así como el arco iris, porque aparece como un signo de que el sol ilumina a esas pequeñas gotitas de agua que somos cada uno de nosotros y que por su presencia puede reflejar la belleza de los distintos colores, símbolo de una alianza que va más allá de cada uno. Así que me dí a la tarea de escribir sencillamente algo de lo que había vivido, y aquí va.

* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008). Pertenece al equipo de Redacción.

“La semilla que crece por sí sola”

La primera cosa que quiero compartir con ustedes es mi asombro, sorpresa y maravilla frente al misterio de Dios en nuestras vidas, creo que lo expresa muy bien la cita de Mc,4: “la tierra da el fruto por sí misma”. Porque el Reino de Dios crece más por las actitudes que por las muchas obras externas que hagamos. Ella-El va haciendo su obra a pesar de nuestras debilidades y muchas veces a pesar de los obstáculos que ponemos. Si alguien me hubiese preguntado a los 17 años cómo imaginaba mi vida a los 50, creo que simplemente hubiese dicho que me sentía llamada a entregarla, a hacer el bien, ser feliz, y a colaborar un poquito para hacer felices a los demás, y sin embargo, he vivido eso y mucho más.

Creo que mi encuentro con Dios comenzó desde muy pequeña, cuando a los 7 u 8 años me sentía fuertemente llamada a vivir cerca de ese Dios grande, inmenso, bondadoso. Cuando pensaba en El-Ella sentía que ponía el bien en mi corazón y nuestra historia de encuentro se fue fraguando en llamadas, respuestas, resistencias, luchas y también sufrimientos. Nos fuimos haciendo amigos cercanos y después ya no podía echarme para atrás.

“Boga mar adentro”

Me eduqué en un colegio teresiano, en México, era piadosa y me encantaba tener amigas. De joven y adolescente participaba en el grupo apostólico que llamamos MTA (Movimiento teresiano de apostolado). Allí me abrieron los ojos y el corazón a las necesidades de los más pobres. Sentía interiormente una grande inquietud por aquellas personas que iba conociendo, y que no vivían igual que yo, que no podían ir a la escuela y que con trabajos conseguían el alimento diario para sus hijos e hijas. Yo en cambio había recibido mucho. Me preguntaba con frecuencia “¿por qué?, ¿que tengo yo que no haya recibido?” y muchas otras preguntas que acompañaban mis visitas por las colonias marginadas de la ciudad a donde nos invitaban a participar en la promoción humana y catequesis. Mis encuentros con Jesús en la oración personal se hacían más intensos, me sentía atraída y encendida a entregar mi vida por ellos como lo había

hecho Él. Fue en ese tiempo, a los 17 años, que me topé por primera vez con la fuerza del evangelio; leí “boga mar adentro” y me sentí casi empujada a lanzarme a algo que no conocía, a dar pasos nuevos y arriesgarme en un cambio de vida donde lo más importante era vivir para Él, como Él, para los que Él se había entregado. Esto cambiaba el sentido de mi vida.

“Ven y sígueme”

Entré a la Compañía de Santa Teresa de Jesús a los 20 años, la lucha fue muy intensa. Estaba estudiando Química en la Universidad La Salle. Dejé todo, a mis padres, hermanas y hermanos, amigos, casa y comodidades. Puedo decir que experimenté que decidirme a ser teresiana me estaba llevando a “ser arrancada” de la tierra en que me sentía sembrada, fue una decisión dura, difícil y que sólo por la fuerza interior tan grande que sentía de Dios pude llevar a cabo. Me ayudaron a tomar esta decisión algunos acontecimientos que me hablaban de que “todo se pasa” y que “sólo Dios basta” y a pesar de eso el dolor de la separación familiar no fue un paso fácil. Mis padres tenían otros planes para mí y me hubiese gustado complacerlos, yo misma sentía que era “una locura” lo que estaba haciendo. Tenía todas las posibilidades en la mano, y sin embargo, había descubierto a un Amigo fiel, a Jesús, y no podía resistirme a su llamada.

Asombrosamente para mí y para mi familia, la vida en el noviciado me llenó de una alegría interior tan grande, que el día de mis primeros votos puedo decir que fue el más feliz de mi vida. Y no es que no haya tenido otros muchos muy felices, pero ese 13 de julio de 1980 fue como si en ese momento hubiese entregado toda mi vida para siempre y experimenté el gozo de no tener ninguna otra riqueza, ningún nido ni guarida, mi vida era una vida entregada a Dios. Era feliz y había encontrado el “Gran Tesoro” por el que valía la pena venderlo todo.

“Los envió de dos en dos delante de sí”

Los primeros años de mi vida religiosa los viví en México y en Mérida, Yucatán y se caracterizaron por una “entrega desmedida” a todos los niveles. La misión apostólica me entusiasmaba poderosamente, al mismo tiempo tenía que estudiar,

terminar la carrera de química, estudiar teología y prepararme a nivel pedagógico. En este tiempo inicial cuatro amores ardían en mi corazón: *Jesús*, a quien iba conociendo y ejercía una fuerza poderosa en mí, *los jóvenes* que estaban deseosos de encontrar algo, alguien por lo que valiera la pena entregar la vida, *los pobres* que me hacían presente ese amor de Dios que privilegia a los pequeños que confían en Ella-El y *la vida en comunidad*, especialmente las amigas con las que compartía el entusiasmo y los mismos deseos de entrega para hacer presente el Reino. Obviamente los sufrimientos y dificultades nunca nos faltaron, pero estábamos encendidas en el amor y no había nada ni nadie que pudiera detenernos en aquello que sentíamos interiormente. Estábamos dispuestas a todo y queríamos: “qué Jesús fuera más conocido y amado” queríamos aprender lo que significa la entrega y juntas descubríamos que “amar a los hermanos y hermanas es amar a Dios”.

Recuerdo todavía muy bien un día que visitábamos a una familia muy pobre, la mamá con cuatro hijos y el más pequeñito acurrucado en una caja de cartón nos dijo: “Dios es el Dios de los pobres, Él no puede abandonarnos” y en ese momento, a mis 28 años descubrí que todos vamos haciendo presente a ese Dios que se hace Vivo y que se ocupa de sus hijos e hijas que sufren.

Trabajábamos con varios grupos de matrimonios, universitarios y jóvenes de preparatoria, todos intentando escuchar la Palabra y comprometerse activamente en “*ecclesia*”, especialmente con los pobres, deseosos de que con las pequeñas acciones que realizábamos se pudiera ir transformando la sociedad en la que nos había tocado vivir. Tenía además la dirección de la preparatoria, jóvenes entre 16 y 18 años que despertaban a los valores y estaban deseosos de tomar la vida en sus manos. Ahora después de 20 años de esos andares apostólicos contemplo con gozo a muchos de esos jóvenes universitarios, ya maduros, comprometidos en universidades como profesores y directores y en distintos movimientos de compromiso social luchando por un mundo más equitativo y justo, empeñados en la transformación social. No puedo más que dar gracias a Dios por todo lo que fue haciendo más allá de nosotras, y veo que la fuerza de la misión venía de Él, del amor que nos teníamos unas a otras, del entusiasmo que nos contagiábamos y de una oración sencilla y onda compartida todos los días.

“La llevaré al desierto y le hablaré al corazón”

Durante estos años de intensa actividad apostólica el fuego del alma estaba encendido, pero me encontraba físicamente agotada, no podía más, parecía que había llegado el momento de hacer un alto y repensar nuevamente el rumbo. Habían pasado ya cuatro años después de mis votos perpetuos, y se acercaba el tiempo de ir a la Tercera Probación, tiempo de renovación especial durante 6 meses, pero me resistía a parar, ardía en mi otro deseo, quería ir a Cuba, habían pedido voluntarias para hacer una re-fundación, sin embargo había otros planes para mí y fui a Roma a la Tercera Probación, hoy TER.

En ese tiempo el Señor me llamó de una manera nueva, quería que le escuchase en el silencio, la oración y el discernimiento, que abriera mi corazón a su Palabra. Durante este tiempo especial mi pregunta era ¿cómo tengo que seguirte ahora Señor? ¿a qué me invitas? En ese tiempo, a mis 32 años me estaba dando cuenta que no solamente se trataba de seguir a Jesús haciendo muchas cosas y obras apostólicas, se trataba de ser como ÉL, de dejarme transformar para que ÉL viviera en mí y esta era una tarea de toda la vida; tenía que dejarme nuevamente en sus manos para que ÉL cómo al inicio tomara las riendas, y así comenzó un camino nuevo.

“En lo oculto me ibas formando”

Al terminar los Ejercicios de mes, me llamó la Hna. Provincial a Roma y me dijo que habían pensado que era conveniente que me quedara en Roma a estudiar psicología en la Gregoriana. Dije que sí, acababa de firmar un cheque en blanco al Señor de mi vida, pero lloré tres días seguidos, quería dejarme en sus manos y sin embargo había pensado en todas las cosas que quería hacer al volver ...al cabo de unos días cantaba riéndome un poco de mí misma: “me has cambiado la ruta...”

Comencé en octubre de 1990 los estudios de Psicología en la Universidad Gregoriana. Las resistencias eran muchas porque no se trataba sólo de estudiar, sino que tenía que entrar en un proceso personal, y comenzaba a intuir que todo aquello me iba a desarmar. Descubrí en experiencia algo que ya sabía de teoría: el inconsciente existe, actúa en mi vida y condiciona

algunas de mis decisiones. Puedo decir que fue un tiempo duro a nivel personal. Tenía que desenmascarar mis autoengaños y mirarme en verdad delante de Dios. También comprendí por qué le había costado a la Iglesia aceptar a Freud y la psicología del inconsciente: ¡cómo me ofendía al descubrir a la pequeña farisea que habitaba en mi mente y corazón! El trabajo que se inició en esos primeros cuatro años de licenciatura y *training* para el doctorado duró otros cuatro o cinco más, hasta que las cosas se fueron asentando y clarificando. Hoy puedo decir que la psicología del profundo con una perspectiva antropológica cristiana me ha ayudado a descubrir mucho más hondamente el misterio de la Encarnación, de la Humanidad de Jesús y de mi propia humanidad. Él ha asumido todo lo que somos, cuerpo, sentimientos, afectos, debilidades, todo, y a través de ello nos invita a vivir una transformación total en Él, hasta compartir su propia divinidad.

“Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma”

Iniciamos los estudios juntos un grupo de 16, cuatro mujeres y 12 hombres; cuatro italianos, un filipino, un brasileño, tres indios, un austriaco, una irlandesa, un vasco, un colombiano, tres mexicanos. Sin hablar mucho de lo que cada uno iba pasando interiormente, nos sentimos profundamente unidos en la búsqueda y descubrimiento de nuestro propio misterio, en la aceptación humilde de nuestra humanidad... Crecimos juntos y hemos formado un grupo de “amigos en el Señor Jesús”, nos hemos acompañado en momentos buenos y no tan buenos, la amistad nos ha fortalecido para ir creciendo en libertad y deseo de vivir el evangelio. Ahora cada uno en distintos países y misiones nos seguimos queriendo y animando en el seguimiento y en el deseo de colaborar a construir el Reino. Doy gracias a Dios por estos amigos y amigas que como dice San Francisco son “consuelo del alma”.

Con ellos y el trabajo de acompañamiento psicológico mi mundo se abrió a muchas personas de distintas partes del mundo. Ahora me tocaba acompañarles en el proceso de descubrir sus propias máscaras y engaños, sus dolores y deseos. El misterio de cada persona surgía con una evidencia enorme ante mis ojos, también la lucha y los deseos de ser liberados de

tantas ataduras conscientes e inconscientes que les retenían esclavos. Su vida y diferencias me confrontaban y me hacían crecer, otras a veces me ponían en conflicto y en otras muchas ocasiones me invitaban a unirme a la paciencia de Jesús para conmigo.

Desde que inicié mi trabajo como psicóloga me he ido adentrando con mayor hondura en la maravilla del ser humano, en sus debilidades y dificultades, en el camino diverso de crecimiento para cada persona, en la misteriosa acción de Dios y también en el dolor de las resistencias y retrocesos en la maduración.

“Testigo de la gracia de Dios”

En 1994 estaba terminando mi último año en la Universidad, cuando recibo un mensaje de la nueva provincial que me pide regresar con urgencia a mi país. No encontraban maestra de novicias, y parece que lejos de todo lo que se estaba viviendo en mi provincia, era una buena candidata para ello. Así que terminé mi última semana, me despedí rápidamente y regresé a descubrir con ojos abiertos la nueva misión que me confiaban las hermanas. La tarea no era fácil, pero me entregué de lleno. Descubrí en la historia personal de aquellas jóvenes luchas, deseos, distintas motivaciones. Me fui dando cuenta que algunas estaban dispuestas a darlo todo y que podían jugarse “el tipo”, y así lo hicieron. También me fui dando cuenta casi palpablemente de la acción de Dios en las pequeñas cosas de la vida ordinaria y cotidiana, de la importancia de la escucha y de la fidelidad a la gracia en cosas casi imperceptibles. Descubrí el gran misterio de Dios Vivo y la trascendencia temporal de las obras pequeñas hechas con amor. Amé a cada una de las novicias que el Señor me confió, las amé personalmente, compartí sus sufrimientos, gozos y esperanzas y agradezco todo lo que viví durante esos seis años llenos también de los pequeños sufrimientos de la vida; incomprendimientos y dificultades que necesariamente vivimos todos los formadores. En esos tiempos recuerdo que hablé con un amigo jesuita, y me dijo; “no seas boba, todo es para que seas más desprendida de ti”, y así fue.

Ha pasado el tiempo, algunas de las novicias que estuvieron conmigo han salido de la Compañía por diversas razones, otras siguen entregándose en distintas misiones. Agradezco a

Dios el tiempo que nos tocó compartir juntas, las quise mucho a todas y cada una y sobre todo agradezco su confianza y el gozo de haber sido testigo de la gracia de Dios en sus vidas.

En esos años de maestra de novicias me invitaron a colaborar como maestra y acompañante en la Escuela de Formadores que habían fundado los exalumnos de Psicología de la Gregoriana para México y Centroamérica. La experiencia eclesial se fue ensanchando cada vez más a distintas congregaciones, seminarios y diócesis. Trabajar a nivel inter-congregacional para dar una pequeña contribución en la formación de las distintas formadoras y formadores era un nuevo regalo que fortalecía la semilla sembrada en nuestros corazones y que me ha hecho constatar que a veces las grandes orientaciones y decisiones de la vida se juegan en el corazón, allí donde se puede ir haciendo vida el reino, escuchando, perdonando, aceptando el error, abriéndose a lo diferente y sobre todo acogiendo y amando lo pequeño, lo que nos cuesta aceptar y rechazamos porque nos humilla o avergüenza. Allí está Jesús encarnándose para hacer divino lo humano, para sanar lo enfermo y dar vida a lo que está muerto.

“Nos vamos trasformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa”

Y sucedió nuevamente del mismo modo, faltaban unos meses para terminar los seis años de maestra de novicias cuando en mayo del 2000 me llamó la Madre General para pedirme que estuviera como responsable, junto con otra hermana, de la tercera probación. Teníamos que comenzar a finales de junio. Acababa de terminar el capítulo general y a ella, que había sido hasta ese momento la responsable de esta etapa formativa, la nombraron general. No encontraban a quien poner, así que me pidieron este servicio por un año y me quedé tres. Empaqué mis bártulos y volví de nuevo a Roma, esta vez para colaborar en la formación con un corazón universal y abierto a toda nacionalidad y raza, costumbres y visiones.

Ahora me tocaba acompañar a hermanas que tenían de 5 y 10 años de votos perpetuos, entre 35 y 50 años, a las que se les ofrecía este tiempo especial de renovación, de escucha, oración y encuentro. Durante los tres años me encontré con 70

hermanas de diversas nacionalidades, todas y cada una con experiencias únicas y en distintos caminos. La riqueza para mí fue muy grande, así como el desafío. Experimenté nuevamente lo que Dios puede hacer con las personas si se disponen a su gracia. Fue un tiempo de cambios en el que era necesario ensanchar la tienda, hacerme a ellas...y fui viendo germinar nuevos nacimientos y búsquedas. Dios se hacía presente en las relaciones cuando nos hacíamos vulnerables frente a los otros para dejarnos amar y darnos desinteresadamente. Y aunque parezca una perogrullada, mi descubrimiento principal durante ese tiempo fue que como mujeres teníamos que revelar el rostro de Cristo al mundo de una manera nueva, es decir, en nuestra humanidad de mujeres, en nuestro modo de sentir y comprender la vida, en nuestras relaciones y modo concreto de entregarnos. Esta experiencia, algunas veces de forma explícita y otras veladas fue el punto de referencia para orientar, cuidar, restaurar, sanar y liberar, discernir.

“Estos son los que vienen de la gran tribulación...”

Durante estos años en Roma tuve la oportunidad de pasar temporadas en España, Portugal y Angola. Y quiero compartir con ustedes algo de lo que viví en dos meses en África, tanto por la intensidad de la experiencia, como por sus efectos en mi vida. Para conocer la cultura me fui dos meses de voluntaria a un hospital muy grande que tenemos en Cubal, Angola. Tenemos 700 internos tuberculosos, la mayoría son sero positivos, además, muchos niños desnutridos con los que se trabaja en un plan de recuperación y en otro espacio todos los heridos de guerra. Al lado del hospital llevamos también una escuela con 1,000 alumnos. Era el 2001 y todavía no se firmaba el tratado de paz. El día que llegué 19 de marzo, cerca de la una de la madrugada, me tocó un ataque de guerra. Cerca de una hora escuchamos disparos y gritos, terminó el ataque con una bomba muy cerca de la casa donde estábamos. Los llantos y gritos se hacían más intensos, comenzaron a llegar al hospital los heridos, había muertos...fue una noche negra. En esos días, estaba leyendo la violación de los derechos humanos por “Human Watch Rights” y vi con mis propios ojos, lo que es capaz de hacer el ser humano cuando se deshumaniza. El miedo

se apoderó de mí, y yo, la que estaba dispuesta a dar la vida por Cristo, experimenté ante el peligro de la muerte y del abuso al que podía ser sometida un pavor incontrolable.

Junto con las hermanas de la comunidad intentaba no pensar mucho y darme a la tarea de ayudar y sanar a los heridos así como calmar a todos los enfermos, a los que habían perdido a sus seres queridos por muerte o por secuestro, pero al llegar la noche, aunque estuviese agotada, no podía dormir, y al más mínimo ruido me despertaba con sobresalto. Nos habían amenazado con volver y secuestrar a algunas hermanas o enfermeras. Les podíamos servir para cargar sus armas y alimentos, para sanar a los soldados enfermos, pero yo había leído y oído lo que pasaba a quienes secuestraban. En esa situación pensé que si no dormía no podía seguir allí e intentaba ponerme en las manos de Dios pero sin disminuir la ansiedad y la angustia. Pasó una semana y los soldados seguían por allí, y el miedo no disminuía...constaté mi fragilidad y pensaba que sólo podían estar allí los que han sido enviados. Al reconocer mi pobreza, en una de esas noches en las que intentaba dormir sin conseguirlo, vino a mi mente como una rayo de luz el pasaje del Apocalipsis, y pensé en aquellos que “habían lavado sus vestiduras en la sangre de Cristo”, en los que se habían unido a su pasión. Con esta imagen muy vivamente representada en mí, me pregunté: -Rosaura, “¿crees verdaderamente en la resurrección?, ¿crees en la fuerza de Cristo?”. -Creo,- me dije, y en ese mismo momento se me iluminó la mente y el corazón y sentí una gran paz. Pensé, -“si vienen, que me despierten”- y el miedo en poquísimos segundos se esfumó. Todo esto fue cuestión de segundos, pero me dio una libertad enorme para seguir trabajando con grande gozo y alegría. Al acabarse el tiempo de mi voluntariado debo decir que tuve que “arrancarme” nuevamente de allí para seguir con la misión que me habían pedido. Todavía recuerdo con frecuencia los rostros de aquellos niños y jóvenes que compartieron conmigo su sonrisa, y sus deseos de vivir en la paz.

“Se retiró al monte para orar”

Después de tres grupos de probación sentía la necesidad de hacer síntesis, recuperar, unificar y en enero del 2003 se dio la oportunidad de hacer la tesis doctoral en Psicología. Contaba

con un poco más de año y medio para hacerla, y tenía que darme prisa. El trabajo formativo con las hermanas y la espiritualidad teresiana había despertado muchas inquietudes, así que el tema ya casi lo tenía: "género y relaciones". Investigué y me encontré con una antropóloga y psicoanalista que había propuesto aspectos nuevos desde la perspectiva de género, Nancy Chodorow. En Teresa de Jesús tenía un gran modelo de mujer en la que podía desentrañar un proceso de maduración y transformación en Cristo. Al mismo tiempo acompañé a nueve personas, varones y mujeres que me ayudaron a ver en la vida aquello que estaba investigando. Pasé ansiedades, obstáculos y todo lo que implica realizar una tesis doctoral, pero finalmente la terminé en Noviembre del 2005.

En la comunidad en la que viví y a la que quise mucho, tuve la oportunidad de orar y reflexionar largos ratos, de adentrarme en Teresa de Jesús y descubrir el proceso de su vida de mujer desde una perspectiva psicológica y mística. Di muchas gracias a Dios por ella, por su humanidad, por su cercanía y fidelidad. Al mismo tiempo pude compartir con amigos a los que también quiero mucho, dudas, luces e inquietudes, fue un tiempo de gracia que todavía sigue generando vida en mí. Casi sin darme cuenta se llegó el tiempo de presentar la defensa de tesis en febrero, y así volví a mi tierra cargada de experiencias, esperanzas y grandes deseos.

"Cuando eras joven ibas a donde querías..."

Al llegar a México me encontraba con una nueva provincia, había estado seis años fuera y muchas cosas habían cambiado, sin embargo, el proyecto que presenté para un centro de espiritualidad fue aceptado y respondía a lo que las hermanas iban buscando. Al mismo tiempo mis compañeros de la Escuela de Formadores me pidieron ser la directora de la Escuela por tres años, acepté y sentía que ahora sí iba a trabajar en un proyecto en el que podía dar mucho de lo que había recibido. A los pocos meses de mi llegada, en diciembre, tuvimos el capítulo provincial, me eligieron consejera y comenzaron a cambiar las cosas. Al ser colaboradora en el gobierno provincial ya no solamente veía el proyecto que me habían confiado, sino que mi corazón se abrió a los dolores y esperanzas de mi provincia, a

la misión que desde hace más de 130 años vamos realizando en México. En febrero una de nuestras hermanas, directora y superiora de la comunidad de Mérida desarrolló esclerosis múltiple lateral, un gran dolor y una pérdida. No teníamos a nadie que pudiera ir a suplirla. Mucho trabajo me costó aceptar esta nueva misión, sin embargo, vi con mucha claridad que lo que yo quería hacer era la voluntad de Dios y eso me daba consuelo. El verlo así de claro no me quitaba el costo que sentía iba a pagar, estaba en una batalla y en angustia por el trabajo que se me acercaba. Me dio fuerza y unión con Jesús en este paso difícil la repetición de esta oración: "Pasión de Cristo, confórtame". Así que en septiembre del 2007 inicié como superiora de la comunidad y directora del Colegio que tenemos en Mérida. He vuelto a mis inicios apostólicos y me he encontrado con mucha gente a la que vi crecer, madurar y a la que quiero mucho. Los compromisos anteriores siguen, el acompañamiento a distintas personas es algo que no se puede dejar. Y ahora aquí estoy, haciendo lo poco que puedo, e intentando amar a las personas que Dios me va poniendo en el camino, luchando por ellas y por un mundo mejor aunque sea con pequeños intentos.

Para terminar quiero valerme de estas palabras de Cervantes, porque el deseo de vivir el Evangelio es un hermoso sueño que entre todos lo podemos ir haciendo posible. El amor hace posible lo imposible

“Soñar otro sueño imposible.
Luchar cuando es fácil ceder.
Vencer el enemigo invencible.
Negar cuando la regla es vender.
¡Cuántas guerras tendré que vencer por un poco de paz!
Y mañana, si este suelo que he besado
fuera mi lecho y perdón,
sabré que valió la pena delirar
y morir de pasión”.